

---

# LAS ESPAÑAS DE LOS ESPAÑOLES \*

Carmelo Lisón Tolosana

---

Debo a una extraña acumulación de azar, de lecturas un tanto intermitentes y de alguna reflexión extemporánea mi inicial interés por este tema. Un día de otoño de 1959 comí en un *self-service* de Oxford con dos eminentes profesores de esa prestigiosa Universidad. Comentaban, con deferencia británica, la ayuda militar prestada por los ingleses a los españoles durante la *Peninsular War*. A pesar de mis esfuerzos y de mi licenciatura en Historia, no lograba fijar en el tiempo ese noble comportamiento guerrero de los ingleses. ¿De qué guerra hablaban? Después de cierto tiempo y de alguna explicación adiviné que se referían a la Guerra de la Independencia, pero al mismo tiempo me percaté, con sorpresa, de que no sólo los nombres eran diferentes, sino también la versión que ellos tenían de los hechos que yo lograba identificar. Ciertamente, comencé a recordar, los británicos sufrieron unos cuantos reveses por el norte de España perseguidos por las tropas francesas. Mucho más precisa era mi memoria relativa a un detalle, subrayado en uno de los textos, hacía mucho tiempo leído: el ejército inglés se llevó como botín a Inglaterra carros cargados con pinturas, algunas de las cuales continúan colgadas hoy en la *National Gallery*. Hemos leído historias discrepantes, pensé un tanto confuso e incómodo. Mi desconcierto fue considerablemente mayor cuando más

---

\* Conferencia pronunciada en el *Colloque du Centre d'ethnologie française et du Musée national des arts et traditions populaires*, París, 19-21 de noviembre de 1987.

---

tarde celebraban a un héroe nacional: Drake. Acostumbrado a la pronunciación hispana de mis años de escolar, no lograba saber a qué personalidad encomiaban. Al describírmelo exclamé con toda ingenuidad: ¡ah, el pirata! Recuerdo todavía hoy, con precisión, el asombro de sus miradas incrédulas. ¿Anécdota? Síntoma y testimonio sugiero, porque lo particular, lo histórico y único es también general; puede ser estructurado dentro de conjuntos cada vez más comprensivos y explicativos.

Aquella misma noche —y aquí reaparece el azar— leí, sin proponérmelo, fragmentos de una mediocre versión española del artículo sobre España de N. Masson de Morvilliers, que apareció en París, a finales del siglo XVIII (1782), en la *Encyclopédie Méthodique*. En él nos asegura el autor que Dinamarca, Suecia, Rusia, Polonia, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia «han realizado algún descubrimiento útil en beneficio de la Humanidad». Frente a este positivo telón de fondo, pregunta con firmeza iterativa el señor de Morvilliers: «Pero ¿qué se debe a España? Desde hace dos siglos, desde hace cuatro, desde hace seis siglos, ¿qué ha hecho España por Europa?» Poco se puede esperar de los españoles, continúa, porque como personas son todavía niños, y como nación «la más ignorante de Europa». Más todavía: somos, según su textual adjetivación, pigmeos, ignorantes, perezosos y soberbios, decadentes. ¿Causas? El clima. El calor es, cree, factor poderoso a descubrir bajo esa «vergonzosa apatía» que nos caracteriza. Pero hay otras más poderosas: el gobierno paralizante, la Inquisición, los frailes, las ceremonias religiosas y los curas. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que necesita de seis censuras de miserables franciscanos y bárbaros dominicos para escribir o leer un libro? La arrogancia y la pereza de los españoles llegan a tal grado que sin la ayuda de otras naciones no disponen ni de un solo elemento de los que se necesitan para hacer una silla.

Para que sus lectores no se apresuren a acusarle de arbitrario destructor malintencionado del pasado hispánico, hace constar más abajo que «la misma imparcialidad que ha guiado» su «crítica» le obliga a justificar los medios que «acaba de poner en marcha el gobierno para corregir tanto abuso». ¿Imparcialidad? ¿Carece el autor de imaginación y sensibilidad moral? En realidad, los interrogantes que uno se formula ante el esfuerzo historiográfico de N. Masson de Morvilliers son mucho más radicales al cuestionarse la naturaleza del conocimiento histórico, su *status* cognitivo. ¿No será, después de todo, la ciencia del pasado —según parece incitar a pensar el escritor francés— un modo de discurso específicamente cultural? Podría parecer que manipulo un texto único seleccionado por su potencia emotiva y por la dureza y exceso de sus noemas distintivos, pero no es así. Para precisar su sentido voy a contextualizarlo incluyéndolo en un más amplio marco histórico-comparativo.

Podría parecer obvio que un castellano hubiera tomado inmediatamente la pluma para responder en buena lid y balancear el artículo de la *Encyclopédie*, pero pocas cosas hay tan sospechosas e inciertas como lo obvio. ¿Qué han

aportado los castellanos a la cultura universal?, podía haberse preguntado. Una investigación seria le habría mostrado que el mapa mental de la historia cultural de España gira en torno a un eje de producción casi exclusivamente castellana en sus momentos de cumbre: los Siglos de Oro. Constituyen, sin duda, el máximo núcleo creador de mitos y mitificación de períodos y personas, por un lado, y de producción de valores artístico-literarios, por otro. Castellano es el hidalgo prototipo del honor, lo mismo que Segismundo, personaje simbólico calderoniano, trascendente de significado. Arquetipos castellanos densamente humanos son el conquistador y el pícaro; el Cid y Don Quijote son formulaciones castellanas de la conciencia moral de todo grupo humano, representaciones de valores universales de la fidelidad, lealtad y fama. Todos estos héroes literarios dramatizan a su modo y manera un sentido trascendente de la vida, un prodigioso equilibrio entre la realidad y la fantasía, entre la locura y la cordura, entre la comedia y el drama o, más abstractamente, entre lo sublime y lo grotesco. Son símbolos, y como símbolos bien fundamentados expresan principios abstractos, permanentes, universales. Los castellanos, por último, construyeron otro arquetipo universal: el Don Juan, mito eterno que cultivaron después Byron, Molière, Baudelaire, Mozart, Strauss, etc. Y junto a Don Juan, los castellanos, una vez más, nos brindaron otra configuración mítico-cultural: la Celestina o exaltación del cuerpo humano, de la diversión y del placer, del gozo de vivir.

La elaboración reflexiva de estas o similares aproximaciones a la aportación a la Cultura de la élite castellana podía haber sido parte de la respuesta <sup>1</sup>. Pero ¿pudo serlo realmente? Creo que no. Aun descartando el sesgo antropológico, la argumentación difícilmente podría haber seguido esa línea de magnificación cultural de unos mitos, de unos *Zivilisationsliteraten* y de un período al que muchos españoles miraban, y siguen mirando, con prevención y desasosiego. El mismo Gracián llamó a su siglo —el XVII— «siglo de lodo», y la visión, realmente compartida, de los intelectuales de la época es de intolerable fracaso y decadencia. Quevedo cuestiona en su *Sueños* los más incuestionables dogmas de la España barroca. Historiadores aragoneses de la categoría y objetividad de Zurita (1562), Diago (1603) y Abarca (1682) pusieron en duda las hazañas guerreras del castellano Cid por las tierras de Aragón. El benedictino Juan de Arévalo escribió una *Crónica* para defender a los héroes castellanos, pero su hermano en religión, el aragonés Juan Briz, abad de San Juan de la Peña, se queja, en 1620, de las patrañas que se cuentan y escriben del Campeador; son tales, asegura con aplomo, que dan «motivo para sospechar que no hubo Cid que campease en el mundo» <sup>2</sup>. El *Quijote* carece

<sup>1</sup> Respondieron a De Morvilliers, Antonio J. Canavilles, Carlo Denina, L. Cañuelo, etc., como puede verse en *La polémica de la ciencia española* (páginas seleccionadas por Ernesto y Enrique García Camarero, Madrid, 1970), donde el tema se trata con mayor amplitud.

<sup>2</sup> Menéndez Pidal, citado por J. CEPEDA ADÁN en el cap. III, p. 569, del tomo XXVI, vol. I, de la *Historia de España* dirigida por José M. Jover, Espasa-Calpe, 1986.

entre los españoles de prestigio artístico e intelectual hasta el Romanticismo, mientras que era un elemento importante en la cultura literaria en Francia y en Inglaterra; en esta última se publica la primera edición crítica del Quijote *en español*<sup>3</sup>. Los neoclásicos y academistas ilustrados del siglo XVIII gozaron denigrando el teatro del siglo XVII; Calderón, Góngora y cierta dimensión de Lope de Vega están virtualmente relegados al olvido no sólo de los españoles en general, sino también de la crítica literaria y erudita de nuestro país, hasta que son recuperados, ya entrado este siglo, por la Generación del 27. Los *literati* del siglo XIX subrayaron con delectación los aspectos puramente negativos de la novela de caballerías (significativo fenómeno cultural del XVI), que tanto agradó a cortesanos, caballeros e hidalgos<sup>4</sup>. Y aunque parezca sorprendente, la producción artístico-literaria del Barroco, en su conjunto, apenas tiene eco en España antes de la explosión romántica alemana —Lessing, los Schlegel, Schiller, Shack, etc.—, que lo descubre y valora<sup>5</sup>. Incluso el Greco, que reproduce en varios lienzos el tipo de hidalgo castellano y estiliza arraigadas leyendas toledanas, fue menospreciado por Felipe II y su corte y desestimado por los eruditos de los siglos XVIII y XIX al enjuiciar su arte como «mera aberración»<sup>6</sup>.

¿Cómo es posible esta notoria indiferencia ante algo básico y fundamental precisamente en un pueblo obsesionado durante más de cuatro centurias por definirse? Generaciones enteras de eruditos, abates, escritores, arbitristas, médicos, teólogos, periodistas, historiadores, polígrafos, científicos, sociólogos, politólogos y juristas de diferentes tiempos y geografías se han enfrentado sin rodeos, vía recta, a la pregunta ¿qué es España? El resultado ha sido una ubérrima cosecha de Españas mentales. Tenaces en su visión de totalidad, se olvidan de que lo interesante y significativo actúa a nivel de detalle; esa esencia común que levantan es intolerablemente vaga y arbitraria. A una pregunta de marcado carácter ontológico, formulada desde unas premisas epistemológicas dudosas, corresponde una sola respuesta: España es inconmesurable, lírica, inefable, como la poesía y la música, esto es, como la belleza y el arte; *an affair of the mind*<sup>7</sup>. Si esto es así, ¿tendremos que renunciar a decir algo

<sup>3</sup> P. E. RUSSELL, *Temas de «La Celestina» y otros estudios del «Cid» al «Quijote»*, Ariel, 1978, p. 410.

<sup>4</sup> M. CHEVALIER, *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Turner, 1976, p. 65.

<sup>5</sup> D. INDURAIN, «Calderón», en *Historia y Crítica de la literatura española* (compilador: F. Rico), Barcelona, 1983, vol. III, pp. 742-765. Menéndez Pelayo es la excepción reconocida.

<sup>6</sup> E. LAFUENTE FERRARI, *Breve historia de la pintura española*, I, Akal, 1987, p. 219. El conocido crítico de arte K. Clark no mencionó ni una sola vez *español* en su programa televisivo, realizado por y para la BBC, titulado *Civilization*. En él pasa revista a las aportaciones de distintos pueblos a lo largo de la historia al acervo cultural de la Humanidad. Clark repite a Morvilliers. Quevedo escribía ya en 1609: «¿Qué cosa nació en España buena a ojos de otras naciones?»

<sup>7</sup> *A qué llamamos España*, de P. LAÍN ENTRALGO, Austral, 1971, es una muestra tan imaginativa como sugerente de este enfoque lírico.

válido y legítimo sobre España y los españoles? Voy a sugerir en este ensayo, apoyándome en especiales momentos pretéritos o diapositivas históricas, que desontologizando —qué es— y antropologizando —cómo es, cuándo, dónde es— el problema, quizá, podamos contribuir a desenmarañar un poco alguno de los procesos que configuran esas discordantes fabricaciones de nuestro pasado. Para ello me voy a servir de premisas y marco conceptual antropológicos, lo que quiere decir que parto de la complejidad laberíntica histórico-cultural de España, de la especificidad loco-temporal, del sentido de la diferencia y de la conciencia de la heterogeneidad. Este punto inicial de partida implica, a su vez, la necesidad de subrayar categorías y enfoques tales como *emic* historiográfico, forma y margen, el potencial de la idea-creencia y su trascendencia, esquema cognitivo, representación, significado e interpretación retrospectiva de lo que pensamos que pudo ser. Todo viaje temporal a las culturas hispánicas —a las Españas imaginadas— requiere, sin duda, de este antropológico enfoque, porque pretendemos penetrar en el reino del espíritu, en el espacio dinámico de la imaginación, en la esfera de la creencia, del valor y del símbolo. Voy, en una palabra, a considerar el pasado como creación cultural, desde el presente y para el presente (cualquiera que sea), en varios momentos espaciados de nuestra historia, dramatizados por actores, geografías y argumentos diferentes.

## I

Razones básicas geográfico-históricas han confirmado a España como una de las sociedades más heterogéneas de Europa. Su pasado medieval reproduce durante centurias la misma perenne imagen inestable, de ritmo elástico, ciertamente, pero de cambio continuo, en metamorfosis sin fin. Sus fronteras, siempre en movimiento, extienden y abrevian la pluralidad de reinos, reyes, cortes, fueros y libertades; dentro de ellas se hablan numerosas lenguas y dialectos. Casa con muchas mansiones, da albergue a moros, judíos, cristianos y conversos, cada uno con su *corpus* consuetudinario propio; diferentes modos de propiedad, uso y tenencia de tierras, tipos de familia distintos, contrastes en creencias, actitudes, valores, emblemas y símbolos, y, desde luego, visiones opuestas del presente político y del pasado taracean la polícroma piel de toro peninsular. Esta radical y plurisecular heteromería de pasados y de interlocutores, de diferencias y oposición, puede provocar, en determinadas condiciones, estallidos de nacionalismo. Veamos cómo.

Desde hace cuatro siglos, la retórica del discurso histórico se articula en España en torno a dos poderosas metáforas antitéticas: Decadencia/Siglo(s) de Oro; estructura paradójica, de términos incompatibles y complementarios, que fundamenta dos focos de organización y significación de elementos y contenidos, pero un solo modo predominante de historiar. No conozco manual,

por elemental que sea, ni monografía especializada ajenos a esta bipartición simbólica o topos cultural dominante. Es más, esa aporía semántica ha llegado a constituir un *genre* historiográfico omnipresente, una categoría histórica inmanente para ver e interpretar el pasado hispano.

La primera metáfora —Decadencia— tiene base orgánica y recuerda el esquema biológico (nacimiento, crecimiento, muerte) que Polibio (y Herder, Hegel, Schelling, Gobineau, Marx, a veces, etc.) aplicó a las naciones. La segunda —Siglo(s) de Oro— es también de arrogante origen hispano: se acuñó en la segunda mitad del siglo XVIII —1754—, se consolidó en el siguiente en Alemania y se ha universalizado debido a la Generación del 27. Un mito clásico que viaja de Hesíodo por Cervantes, a los poetas del 27 urde y teje, pues, nuestra historia patria. Dos metáforas, dos representaciones sintéticas pluriseculares siguen estructurando hoy la interpretación historiográfica de nuestro pasado. Ante la imposibilidad de pormenorizar la historia de la conciencia de lo hispano en un simple ensayo, me limito a sugerir unas breves ideas, comenzando por enmarcar el contexto originario de la primera orientación metafórica del pensamiento autocuestionador<sup>8</sup>.

El simple vivir va haciéndose tarea cada vez más difícil desde la segunda mitad del siglo XVI y durante el XVII. Las malas cosechas, el hambre, las pestes y guerras terminaron la vida de más de millón y medio de españoles. Las cifras siguientes pueden servir de barómetro indicativo del deterioro progresivo: Santiago es asediada por oleadas, cada vez más numerosas, de pobres y vagabundos en 1583, 1597 y 1618. En 1557, los pobres censados en Cáceres alcanzan el 26 por 100 de la población, pero llegan al 42 por 100 en 1597; casi un millón de libras de pan se repartieron en Toledo entre unos 11.000 pobres, en 1577, y en la floreciente Sevilla, dos años más tarde, distribuía el cardenal 14.000 panes entre los necesitados. Los pobres sedentarios vallisoletanos pasan de un 10 a un 38 por 100 durante la crisis de 1575-1577. A finales del XVI dependía de la caridad un 20 por 100 de la población de todas las ciudades, porcentaje que aumentó en el siglo XVII. Durante el paso de una centuria a otra, oleadas de famélicos labriegos y mendigos invadieron la mayor parte de ciudades de toda la Península<sup>9</sup>. Y, como es sabido, la devaluación de la moneda, crisis agrarias, bancarrotas y penuria económica adquieren carácter de normalidad desde los últimos años del reinado de Felipe II.

La derrota de la Armada Invencible (1588), punto de arranque de la pér-

<sup>8</sup> Para otra presentación y análisis de contenido más amplio, véase mi libro *Antropología Social: reflexiones incidentales*, CIS, 1986, pp. 80-120. Sobre el significado cambiante y polisémico del sintagma Siglo de Oro ha escrito J. M. ROZAS, *Historia de la Literatura, Edad Media y Siglo de Oro*, UNED, 1978, temas XIX-XXII, pp. 5 y ss.

<sup>9</sup> L. MARTZ, *Poverty and Welfare in Habsburg Spain: the example of Toledo*, CUP, 1983, *passim*; B. BENASSAR, *L'Homme Espagnol*, Hachette, 1975, pp. 108 y ss.; J. RUIZ ALMANSA, *La población de Galicia 1500-1945*, CSIC, 1948, p. 285; A. DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Ariel, 1969, p. 203.

dida de la hegemonía española, fue tan recia como inesperada; forzó a reflexionar, lo mismo que los reveses continuos militares desde 1623 a 1640, tanto dentro (comienza la rebeldía catalana) como fuera. La pérdida de Portugal y la devastadora derrota de los tercios españoles en Rocroy (1643), en la que perdieron 200 banderas, juntamente con la paz de Westfalia (1648) y la de los Pirineos (1659), marcaron el ocaso del Imperio. La idea-valor por la que tanto se había luchado, la ecuación Europa = Cristiandad, había fracasado. Melancolía, resignación, amargura y rabia compusieron el réquiem por unos ideales y por una monarquía en su desmoronamiento europeo. Pero la crisis, escalonada e *in crescendo*, dio origen también a un largo período de crítica y reflexión, de autoexamen colectivo y enjuiciamiento comparativo. ¿Qué ha sido de aquella inigualable energía de capitanes y conquistadores, misioneros, marinos y aventureros que vocearon el nombre de España por todo el mundo? ¿A qué se debe la extraña acumulación de adversidad natural, miseria y fracaso político y derrota moral? ¿No son los españoles el pueblo elegido, los abanderados de la fe católica y martillo de los herejes? ¿Nos ha dejado Dios de su mano? ¿Nos hemos equivocado en algo fundamental? ¿Qué hacemos? ¿Qué somos?

Esta prolongada condición histórica de ocaso, vivida por una sociedad entera, configura un modo pesimista de pensamiento colectivo que adquiere consistencia en un conjunto de reflexiones con un sólido tronco común, pero de ramificación muy diversa. Médicos, proyectistas, teólogos, reformadores, moralistas y arbitristas, impulsados por su patriotismo, se aplican *cum amore* a la investigación de lo mucho y muy grave que está aconteciendo a su vera; al poner el diagnóstico en folios, con su narración discursiva, hacen historia. Palabras como curar, restaurar, recuperar, subir, y sus opuestos enfermar, decaer, bajar, declinar, etc., que se repiten en centenares de escritos, condensan la conciencia de la época y producen la imagen holística de Decadencia. González de Cellorigo publica, en 1600, su *Memorial* con el fin de contribuir al «reparo de la caída y declinación grande» de la Monarquía. Del anónimo de Simancas —1610— copio estas líneas: «vemos a las claras y a ojos vistos que se vaya perdiendo y acabando en lo temporal muy apriesa toda esta república... [de] pies de barro... y que de cuarenta años a esta parte, si resucitasen los que han muerto y lo viesen de nuevo, no lo conocerían»<sup>10</sup>. El conde de Gondomar, anciano y enfermo, escribe al Conde-Duque, en 1625, con amargura: «se va todo a fondo». Olivares le responde recordándole que es propio de los historiadores lamentar el presente al tender la vista al pasado y que, en todo caso, es ocioso e inútil la «frecuente conmemoración desesperada del estado de las cosas»<sup>11</sup>. El Conde-Duque estaba irritado por el diluvio de es-

<sup>10</sup> Pp. 248-249 del vol. I, tomo XXVI, de la *Historia de España* citada; este cap. IV se debe a J. I. GUTIÉRREZ NIETO. Más adelante vuelvo a servirme de él.

<sup>11</sup> J. H. ELLIOT (ed.), *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, 1982, cap. VI, del mismo, pp. 198-199, 205-206.

critos, memoriales, avisos, medios, arbitrios, tratados, discursos, etc., todos apocalípticos, que desde hacía tiempo inundaban la Corte madrileña.

Ahora bien, lo realmente significativo es el *organon* categorial de que se sirven para analizar el presente y el pasado inmediato. La ubicua imagen de Decadencia manifiesta y da forma a la visión que ellos tienen de la sociedad en que viven; esa representación acompaña a la percepción y experiencia de momentos difíciles, deficientes, de crisis. Los analistas se sirven de ella para expresar no sólo sus deseos, sino también para recomendar el remedio, la restauración y reforma a cada caso adecuada. Y de paso interpretan, explican y, por tanto, reelaboran la historia de España. Pero, a pesar de que el utillaje mental de partida es el mismo, las variaciones imaginativas en torno a razones, elementos y causas de la Decadencia no han cesado de prodigarse hasta el presente. Veámoslo.

Debido al marco de preferentes posibilidades de enjuiciamiento ofrecido por la Contrarreforma, ocupan un lugar inicial la explicación ética y el argumento moral. A raíz del descalabro de la Invencible, apareció un *Memorial a Felipe II*<sup>12</sup> en el que se razona sobre la tibieza religiosa y pecados de los elegidos, del pueblo y del monarca, como responsables del desastre. Insta al rey a «llevar la guerra adelante» para aumentar la fe católica. El *Tratado de la Tribulación* —1589— es un intento teológico de explicar «las calamidades públicas» razonando cómo y por qué «permite Dios que los infieles y herejes florezcan y los fieles y católicos padezcan». El jesuita Ribadeneyra no duda de que la terrible mudanza de los tiempos se debe a que «hombres políticos» anteponen la maquiavélica razón de Estado a la ley de Dios. No hay posibilidad de entendimiento con los herejes ni es posible la separación entre religión y política, opina. En su *Tratado del Príncipe Cristiano* recomienda al futuro Felipe III que no permita «herejes y hombres de varias y contrarias sectas en sus Estados, si quiere cumplir con el oficio y obligación de católico príncipe... y que no sucedan por esta mezcla grandes alteraciones y revueltas, que son las ruinas y la destrucción de los reinos y Estados». Los desastres, piensa el jesuita, pueden también ser una señal de predilección del Señor, un aviso para reforzar la fe y reformar las costumbres<sup>13</sup>. Juan de Mariana, también jesuita, atribuía las derrotas sufridas a la corrupción e inmoralidad de la sociedad, al ocio, lujo excesivo, a la afición al teatro y a las corridas de toros y a la práctica de juegos de azar de los españoles, a los que flagela con gusto. El mismo Felipe IV atribuyó, en varias ocasiones funestas, la ruina de la Monarquía a sus propios pecados: «juzgo que está enojado Dios, nuestro Señor, contra mí, contra mis reinos, por nuestros pecados, y en particular los míos»<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Vol. I del tomo XXVI de la *Historia de España* citada, p. 378; el estudio está firmado por J. M. JOVER y M. V. LÓPEZ-CORBÓN.

<sup>13</sup> P. 379 del vol. I de la *Historia* citada.

<sup>14</sup> J. H. ELLIOT, *op. cit.*, p. 206.

Siglos antes había atribuido ya San Agustín la caída de Roma a la corrupción moral de los romanos. Es un topos recurrente y constante en nuestras *Crónicas* medievales castellanas, aragonesas y navarras que las «gentes de España» fueron destruidas y sujetas a poder de moros por sus muchos pecados. Las virtudes de reyes, nobles y pueblo cristiano, por el contrario, la están recuperando<sup>15</sup>. ¿Qué sugiere esta breve pero significativa contextualización? Que el espíritu enraizado en teología moral parte de coordenadas apriorísticas sobre la naturaleza de la sociedad y el destino del hombre, sobre la posibilidad de una humanidad mejor y sobre la eternidad de una finalidad trascendente. Desde estas premisas metafísicas y desde una metáfora de Decadencia, los moralistas confieren sentido a los sucesos de los últimos decenios; reducen la experiencia a abstracción que expresan en teología. No hacen historia en realidad; por una parte, transforman la especificidad loco-temporal de la Decadencia en designios divinos eternos y, por otra, la magnifican hasta convertirla en alegoría del Mal. Hábil configuración total que manifiesta la necesidad, en ciertos momentos de infortunio, de creer en verdades o presupuestos inverificables que, al dejar cierta esfera de acción al arrepentimiento del individuo, hacen posible la esperanza. El catedrático sevillano Alonso López Cornejo estaba seguro de que Dios no revelaría a los herejes del Norte antes que a los católicos del Sur las propiedades de los medicamentos<sup>16</sup>. Los moralistas cifraron su hispanidad en metafísica.

Otros proyectistas, aunque aceptan en principio la versión contrarreformista de la historia hispana, hacen otra lectura de la misma metáfora. Comienzan por reducir su espacio semántico a unas pocas parcelas, susceptibles de mayor objetividad y control empírico; montan, en otras palabras, la investigación de la Decadencia sobre tres ejes principales: la observación económica, la reflexión política y el análisis de valores. Luis de Ortiz, Arrieta y Pons indagan las razones de la Decadencia, y las encuentran en el mal estado de la economía nacional, en la despoblación y en el empobrecimiento, principalmente; Gutiérrez de los Ríos apunta el menosprecio del trabajo como causa de los males del país. Cellorigo propugna el trabajo como medio decisivo para salir del «abismo de tantas miserias»; «el mal —dice— es muy cierto que procede de menospreciar las leyes naturales que nos enseñan a trabajar; y que de poner la riqueza en el oro y la plata, y dejar de seguir la verdadera y cierta, que proviene y se adquiere por la natural y artificial industria, ha venido nuestra república a decaer tanto»<sup>17</sup>. El médico Pérez de Herrera, al parecer converso, cree que el malestar general procede de problemas demográfico-agrarios, de la carestía, la mendicidad y de la política mercantilista; el ahorro, la laboriosidad, la mejora agropecuaria y el control de costumbres devolverían

<sup>15</sup> J. A. MARAVALL, *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, 1964, p. 290.

<sup>16</sup> P. 147 del vol. I de la *Historia* citada.

<sup>17</sup> P. 250. Todos los datos que siguen provienen también del vol. I de la *Historia* citada.

a la Monarquía su pasado esplendor si, además, se consigue «henchir de mercados el país», soslayar el problema de la limpieza de sangre, disminuir la burocracia y fomentar la enseñanza. Todo un programa. Para Sánchez Moncada es la carencia de actividad industrial la causa de los males de la nación; coadyuvan el número de improductivos eclesiásticos, los impuestos excesivos y el absentismo de la nobleza territorial. Las guerras, los mayorazgos, la emigración a América y la concentración de la población en ciudades son los factores primarios que causan el general malestar, según Fernández de Navarrete.

Un segundo grupo de arbitristas nos da otra imagen de España: ve el declinar de la Monarquía en los desaciertos de los gobernantes, por lo que prestan su atención al análisis de los principios de naturaleza política, que, bien manipulados, pueden conservar todavía el tambaleante Imperio. Cevallos denuncia los males que provienen de la venta de cargos públicos, del exceso de jueces y jurisdicciones y de la obsesión por la limpieza de sangre: «se precian más... los hombres de virtudes ajenas, heredadas de sus pasados, que de su propia virtud». Alamos propone, en su *Discurso al Rey... del estado que tienen sus reinos y señoríos*, el olvido de pasiones y venganzas, el sopesar tanto las débiles fuerzas propias como las mayores de los enemigos y la consecución de la paz para acabar con la degradación del reino. Alvarez de Toledo —1621— pone su acento en otra llaga muy perniciosa para la Monarquía: su débil unión interna. Las naciones agregadas o conquistadas, «con separación de inclinaciones, gobierno, lengua y moneda, es causa de que más vivamente se conserve la memoria de lo pasado, el odio que causa la superioridad». Se ve a Castilla, naturalmente, dominadora de Navarra, Aragón y Portugal. Toda diferencia, insiste, produce enemistad, y mientras la especificidad regional exista será patente la debilidad de la Monarquía.

Otras caras o *facies* que componen la representación de la Decadencia nos conectan con más elaboradas modalidades de la realidad barroca. Ideales, creencias, actitudes y valores culturales, con todo su cortejo de signos, emblemas y símbolos, son causa primera, según algunos escritores, de la ruina de la nación. Concretamente la dominante mentalidad colectiva tejida por la trama del excesivo honor-honra y por la urdimbre del arrogante linaje que llevan al menosprecio del trabajo, a la pujanza de los mayorazgos y estamentos nobiliarios, es la lacra que carcome la sociedad. Alonso de Barros propone, como medio normal de alcanzar la tan deseada honra, la dedicación a actividades productivas, pues el que a ellas dedica su pensamiento y esfuerzos «puede venir a ser rico y estimado»<sup>18</sup>. Murcia de la Llana quiere reavivar y canalizar los antiguos valores heroicos de los próceres y nobles a través de las órdenes militares, que languidecen en lugar de ser el baluarte de la Monarquía. Su condena de la ideología y praxis de la limpieza de sangre es radical: debe ser inmediatamente suprimida. Que la culpa no se herede, escribe López Bravo,

---

<sup>18</sup> *Idem*, p. 282.

al analizar las consecuencias de la aplicación de los estatutos de limpieza. Los enemigos internos son tantos «cuantos son los excluidos de los honores», pues siempre estarán dispuestos a luchar por vengarse, por su libertad y por recuperar la honra perdida. También Benito de Peñalosa —1629— quiere encauzar cívicamente el enorme potencial de los valores honrosos del reciente pasado. «Esta honra que el español tiene tan... metida y entrañada hasta las médulas» tiene que servir a todos —no sólo a los nobles y limpios— «para conseguir y alcanzar las infinitas hacciones de tanto valor y fama» que inmortalizaron a nuestros antepasados. Nada debe impedir al virtuoso alcanzar puestos de honra: «advíertase mucho esto, que, si al español le menoscavan la honra que tanto apetece y suda por ella, ni habrá valor ni hechos insignes entre ellos, y la virtud se marchitará y la Monarquía padecerá quiebra»<sup>19</sup>.

Los autores de avisos, proyectos, recomendaciones, etc., conforman, desde una perspectiva antropológica, un sector ambiguo dentro de la vida social de la época. Intelectuales aislados, médicos filántropos, economistas observadores, presuntos líderes, utopistas, pseudoprofetos, etc., todos pretenden salvar la Monarquía, todos son voces de la conciencia de una España en peligro. Que entre sus escritos se deslicen con frecuencia soluciones de carácter mágico no es de extrañar. Pero, por otra parte, esa estancia un tanto liminal tiende a estimular la creatividad cultural. Efectivamente, la conciencia de fracaso y la vivencia de umbral son factores decisivos en la introspección nacional. El Aragón de Vagad, los escritores del Barroco, la Generación del 98, alemanes y japoneses años después de la Segunda Guerra Mundial y el cuestionamiento afrikaner actual son claro exponente. Pero mientras que los que parten de una situación de desgarramiento, impotencia y declinación construyen una historia crítica que juzga y condena<sup>20</sup>, los que, como los japoneses hoy, elaboran su *nihonjin-ron* sobre éxito y afluencia actual, reconstruyen su historia exaltando raíces tradicionales específicas, su forma auténtica e imperecedera.

Los pensadores que he citado habitan en fronteras mentales que cruzan con frecuencia; en su ir, venir y comparar van del presente al pasado, y de éste al futuro y se hacen conscientes de las diferencias. Exiliados de sí mismos —de lo que no son, pero creen que deberían ser— y de su nación desfasada, en retraso y humillación, descolgada de Europa, pretenden superar la doble estructura de exclusión en que viven. Desalojados del presente en el que se encuentran incómodos y conocedores del contexto histórico tienden a ver el pasado como drama con argumento múltiple en el que se imbrican situaciones, intereses, estrategias, causas, efectos, azar y humana decisión. De aquí que potencien en sus obras el valor de la acción y los efectos del esfuerzo ordinario, pero constante. La previsión política imaginativa, el trabajo de to-

<sup>19</sup> Idem, p. 291.

<sup>20</sup> Como ya vio NIETZSCHE hace años: véase «On the uses and disadvantages of history for life», cap. II del libro *Untimely Meditations*, CUP, p. 72.

dos, la orientación cívica de los explosivos valores honoríficos y el encauzamiento de los ideales caballerescos de superación y preeminencia devolverán a la Monarquía orillada el lugar que le corresponde. Aprecian el detalle concreto, objetivan en parcelas la investigación y alzan como resultado otra historia de los males de España; historia esta vez empírica, demostrable, humana.

La categoría genérica Decadencia como discurso mental no sólo manifiesta la complejidad de una situación descendente; condensa, además, una forma de elaboración de España por parte de personas un tanto desplazadas, fuera del orden medio aceptado, que rechazan el presente y apuestan por un futuro más digno, el que corresponde al inmediato pasado. Desde esa posición liminal eligen la marginalidad como objeto de estudio y como punto de vista. Ciertamente la posición marginal aguijonea la observación y espolea la creatividad, pero este nuevo concepto epistemológico para repensar el pasado obliga a la comparación, connota evaluación estimativa y exclusión forzosa, lo que inevitablemente invita a la polémica, a la que ahora paso brevemente.

## II

La conciencia de inferioridad política respecto a Castilla de Vagad y su grupo de magnates se apropia y reelabora a la aragonesa el mito gótico de orígenes del reino, creación erudita literaria que legitima y da sentido a la identidad y derechos cívico-políticos de los aragoneses. La inicial percepción de la inferioridad político-militar de España en Europa forjó otro mito: el minisiglo de oro de los Reyes Católicos, pasado nostálgico, culminación de los más altos logros humanos castellanos, al decir del citado Cellorigo. Período de expansión y grandeza sin igual, ejemplar en valores perennes y que se ensancha según la distancia desde la que se fantasea hasta incluir a Felipe II, cautivó a muchas mentes del postrado siglo XVII. Quevedo añoraba al Católico Monarca, al que Gracián quería resucitar para el remedio de los males de la Monarquía en el siglo de lodo. Todos ellos colaboran en la formación de un mito nacional, el mito de la Gran Tradición hispana, integrada inicialmente por esas dos figuras, por héroes épicos, batallas gloriosas y conquistas extraordinarias. Desde la derrota y amargura del presente tornan sus ojos a un pasado glorioso del que no hacen historia, sino suprahistoria. A través de procesos, en parte similares y en parte diferentes, va a configurarse durante el siglo XVIII otro mito, el de los Siglos de Oro, que realza un período de excepcional belleza, otra dimensión de la España decadente: la producción artístico-literaria. Su núcleo original dieciochesco irá adquiriendo concreciones y amputaciones y configurando interpretaciones de España y de los españoles, que alcanzan sus más cimeras expresiones unas en la Generación del 98 y otras en la del 27.

La polémica originada por el escrito de Masson de Morvilliers, en 1782,

seguía activa un siglo más tarde. Las primeras respuestas se debieron a dos espíritus alejados de nuestras fronteras, donde están sin ser y que, por tanto, veían a España desde fuera: el abate y botánico Cavanilles, residente en París (1784), y el abate Denina, funcionario de la corte de Prusia, que lee su *Discurso* en la Academia de Berlín, en 1786. Ambos consideran insultante, injusto y falso el artículo del francés. Dio nuevo impulso a la querrela el melancólico polígrafo extremeño Juan Pablo Forner (1754-1797), trasplantado a la Corte, al defender la aportación española a la cultura, especialmente a los prosistas del siglo XVII, a quienes atribuye elegancia narrativa «lozana, viva, sonora, jovial, galante, florida, deliciosa». A ese período dorado ha seguido otro, confiesa, de miseria literaria, el de su propio siglo XVIII. Sus autores preferidos —Cervantes, P. Granada, Nieremberg—, junto con M. Cano, Mariana, Vitoria y Arias Montano, pueden ser el orgullo de cualquier cultura. Otro escritor, Romea y Tapia, defiende la belleza poético-moral de los Autos sacramentales, lo mismo que Francisco M. Nipho, alcañizano en Madrid, que se siente muy español en sus escritos y defiende a Calderón.

L. Cañuelo encabeza la facción que se opone a la anterior, con la que entra en diatriba. La ignorancia, el atraso y el error, la carencia de libros al día y las instituciones feudales tradicionales nos hacen «ridículos y despreciables —escribe— a los ojos de las naciones cultas e ilustradas»<sup>21</sup>. Si se exceptúa el *Quijote*, no tenemos nada comparable a las obras excelentes de otras naciones; el Católico rey Fernando sembró con su monarquía las semillas de nuestra ignorancia y de nuestra pobreza. Ciertamente florecieron la literatura y el arte bajo Felipe II, pero la «altanería de nuestro genio y carácter» y el mal gobierno nos inutilizaron para la agricultura, la industria y el comercio, y en cuanto a las ciencias nada hemos aportado al resto de las naciones. Pueden militar por afinidad mental, junto a Cañuelo, Iriarte, defensor de la novedad y del progreso, intelectualmente afrancesado; el galicista J. de Clavijo y Fajardo —conoció a Voltaire personalmente—, despreciador de Luis de León y Quevedo, y Nicolás F. de Moratín, quien con Clavijo y el conde de Aranda lograron la prohibición de las representaciones de Autos Sacramentales en 1765. Aunque la realidad es mucho más compleja, he agrupado muy a *grosso modo* en estos dos bandos antagónicos a escritores caracterizados en la época por actitudes y posiciones mucho más radicales y enfrentadas de lo que pueden sugerir las meramente literarias. Sus concepciones de España y de los españoles son tan congruentes como totalizadoras y opuestas.

Manteniendo siempre en primer plano la flexibilidad y relatividad de la clasificación dicotómica, Forner y sus representados son y están por los conservadores y monárquicos; convencidos tradicionalistas y católicos apelan a viejos principios ético-morales y a verdades perennes, se dejan guiar por el

<sup>21</sup> *La polémica de la ciencia española*, op. cit., p. 82; la cita siguiente viene en la p. 111.

saber de las grandes figuras hispanas y exaltan los valores y acciones heroicas del «siglo literario de Felipe II». Este y Fernando el Católico, teólogos y filósofos de aquel período (M. Cano, Suárez, Vitoria, Vives, Fox Morcillo, Mariana), oradores, ascetas, escultores, poetas y pintores (Murillo), Elcano y Lepanto son los emblemas y banderas que levanta el campo en su lucha por enaltecer y reivindicar un pasado extraordinariamente glorioso. Esta es la España eterna, la de ayer y de hoy, la de siempre. En un siglo en el que el combate se polarizaba con rigidez y sin mediación entre ciencia y arte, y equivalía la primera a modernidad y progreso y el segundo a tradición pasada no cumulativa, la argumentación de los tildados de conservadores reaccionarios tuvo que parecer superflua e inútil a sus contrincantes.

No tiene sentido, clamaban los enciclopedistas y afrancesados progresistas, el evocar nombres y estructuras dormidas para siempre, sin vigor, anquilosadas. El espíritu científico, la experiencia sensorial, la observación y el experimento han suplantado definitivamente, o al menos han corregido radicalmente, el pensamiento filosófico-teológico hasta hace poco dominante; menos libros escolásticos y más laboratorios, menos introspección filosófico-literaria y más acercamiento a la naturaleza, repetían con menosprecio del pasado. La tradición clásica de los siglos dorados no es apta para el presente; el progreso científico, la nueva ciencia y no el arte empujan a los pueblos a un futuro mejor. En éste hay que poner las miras y no en los desastrosos reinados de Fernando el Católico, el Emperador Carlos y Felipe II, quienes con su política decadente, el Santo Oficio, la guerra religiosa y la Inquisición desangraron a España y santificaron la crueldad. En ese período ni siquiera la producción literaria, tan encarecida por mentes retrógradas, superó la mediocridad. Basta de *Imperium Catholicum*, de teocentrismo y de hispanidad tradicional; es hora ya de convertirnos en una sociedad antropocéntrica, de alcanzar una modernidad europea. Hay que construir otra España.

Creo que los galicistas dieciochescos suscribirían mi interpretación generalizante de su posición común; pero estoy también convencido de que estas dos posturas antitéticas excluyen a todo un conjunto de contemporáneos escritores y pensadores que se sentirían incómodos, encarcelados en una de las dos anteriores prisiones: me refiero a aquellos que configuran la Tercera España. Feijóo, Sarmiento, Isla, Peñafloreda, Aranda, Jovellanos, Floridablanca, los Caballeritos de Azcoitia y muchos miembros de las Sociedades Económicas de Amigos del País<sup>22</sup> tienden una mano amiga y pacificadora a cada uno de los bandos contendientes porque, al mismo tiempo que se sienten solidarios y orgullosos de todo un conjunto de valores, instituciones y hechos de los Siglos de Oro, están plenamente convencidos, tanto de la necesidad de introducir reformas radicales en la sociedad como de la posibilidad de ser barroco y científico, español y europeo. Rompen estas figuras moderadas el común

<sup>22</sup> *A qué llamamos España*, op. cit., p. 133.

esquema interpretativo de las dos Españas; su composición es, desde luego, mixta, pero todos, al mismo tiempo que genuinamente aspiran a la renovación y al progreso, rechazan la ruptura con la historia reciente.

La polémica, subterránea y latente durante varias décadas —recuérdense los escritos de Balmes (1844), Donoso Cortés (1851), Zarco del Valle (1851), Echegaray (1866), Picatoste (1866)—, irrumpió de nuevo, y esta vez con tonos personales y agrios. Núñez de Arce pronunció, en 1876, un discurso titulado *Causa de la precipitada decadencia y total ruina de la literatura nacional bajo los últimos reinados de la Casa de Austria*. En él se sirve de la metáfora para negar el mito. Manuel de la Revilla escribió una reseña del discurso, que aprovechó para verter sus ideas sobre el tema. Aunque concede valor al «siglo de oro de nuestra historia literaria», pinta el período con los más negros colores de su paleta: la Inquisición, la «intolerancia sistemática», las «instituciones bárbaras», «el despotismo», «la superstición» y la «opresión constante» hicieron imposible toda creación científica en nuestro suelo y todo pensamiento profundo; es «un mito esa decantada filosofía española», escribe<sup>23</sup>. A esta lista de causas contribuyentes a la notoria decadencia austríaca añade otras, más personales, provenientes del carácter de los españoles: «el agotamiento del ideal en que se inspiró aquella literatura... la bárbara arrogancia y fanatismo que nos incomunicó con el resto del mundo... [y] los vicios puramente literarios, como el conceptismo y el gongorismo». En suma, instituciones, monarcas, los valores e ideología católica más el temperamento heroico hispánico y un género literario nos convirtieron en el furgón de cola de Europa. Lo que otros alaban como esencia de lo hispano es, en realidad, causa de oscurantismo y barbarie.

El discurso de Núñez de Arce fue calificado por Menéndez Pelayo de «sangriento ataque a nuestra cultura» en un artículo —1876—, significativamente titulado *Mr. Masson, redivivo*, que dirige contra Revilla, a quien define como exkrausista, intolerante, anticatólico y acusa de servirse de estribillos como «arma de partido». Menéndez Pelayo fue acusado, a su vez, de «enemigo implacable de la civilización y de la patria» y de «neocatólico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras» por Revilla, según relata en su respuesta *Mr. Masson, redimuerto*, de 1876, en el cual se leen aquellas frases que tanto regocijaron al opuesto bando: «soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo... como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna... Estimo cual blasón honrosísimo para nuestra patria el que no arraigase en ella la herejía durante el siglo XVI, y comprendo, y aplaudo, y hasta bendigo la *Inquisición* como fórmula del pensamiento de unidad que rige... la vida nacional..., como hija del espíritu genuino del pueblo español... Niego esas supuestas persecuciones de la ciencia,

<sup>23</sup> *La polémica de la ciencia española*, op. cit., pp. 202 y ss.

esa anulación de la actividad intelectual, y todas esas atrocidades que rutinariamente y sin fundamento se repiten»<sup>24</sup>. Apoteosis de una España.

Polemizaron, junto a Menéndez Pelayo, Valera, G. Laverde, Pidal y Mon, L. Vidart, F. Picatoste, etc., y los conocidos Azcárate, Salmerón, Perojo, al lado de Revilla y Núñez de Arce. Todos ellos escriben desde el lado de la desilusión y del fracaso modernos, pero mientras éstos ven en los católicos Siglos de Oro la causa de la Decadencia, aquéllos propugnan la restauración de los valores de ese glorioso período como condición de nueva virtud y grandeza. Dos imágenes predominantes esquematizan y reproducen en su ramificación la bipolar lucha interna: los católicos, también apodados conservadores, tradicionalistas, calderonianos y reaccionarios, optan por la Contrarreforma y por la teología y filosofía de cuño hispano; recuerdan satisfechos a Trento y Lepanto; añoran el valor de los tercios y de los conquistadores; nombran a San Ignacio y a Santa Teresa; gozan con los Autos Sacramentales; releen la literatura clásica, y se emocionan ante los cuadros de Murillo y El Escorial. Apuestan, en una palabra, por los Siglos de Oro a los que con sus escritos reconstruyen y fijan.

La otra representación prevalente —siempre exagerando intencionalmente el paradigma— es antitética de la anterior: aglutina los congruentes valores semánticos del conjunto formado por los lexemas liberales, progresistas, laicos, republicanos, científicos e innovadores. Les horroriza la España áurea, la del «espantoso... abominable... imperio español», la de las expulsiones, la del Santo Oficio y Autos de Fe dominada por la Inquisición y los Estatutos de limpieza de sangre. Las etopeyas de tantos y tan renombrados españoles, quienes, según los tradicionalistas, llevaron al máximo la potencialidad de *homo hispanicus*, son simple despilfarro sin sentido de energía irrecuperable. La historia de esos dos tan venerados siglos por sus oponentes les pesa en sus conciencias como una *damnosa haereditas*. La exorcizan. No tiene sentido el rememorar una España en la que predominó —junto a algún valor artístico digno— la mediocridad, la intolerancia cruel, el retraso y los desastres; una España marginal y marginada. La España de los progresistas decimonónicos es la que quieren construir para el futuro.

El carácter polémico de los escritos llevó, necesariamente, a acentuar un pensamiento dual polar, un modo de ver y ordenar dialéctico. El disfraz conservador y la máscara progresista imponían tensiones, rechazos, metáforas de partido, símbolos y posturas atrevidas, radicalizadas; los contendientes de ambos lados fueron en sus expresiones más allá de lo que les dictaban sus pensamientos. Sus palabras excedieron a sus ideas. Así lo confesó, por ejemplo, Menéndez Pelayo; y, como era de esperar, ambas facciones se acusaron de antiespañolas y antipatrióticas. La fuerza ilocucionaria del lenguaje empleado y las funciones heurísticas e imaginativas de la narración produjeron, en el

<sup>24</sup> Idem, p. 241.

furor de la batalla, un Siglo de Oro y una Decadencia crudos, excesivos, decimonónicos. Crearon en parte su objeto<sup>25</sup>. También lo crea, y doblemente, la Generación del 98, cuyos miembros han fijado en sus escritos dos maneras de visión retrospectiva del pasado español, coincidiendo la primera —de carácter político-coyuntural, de repudio, pesimista y negativa—, en líneas generales, con el final del siglo XIX, y la segunda, fruto de edad y madurez, de carácter positivo, producto del siglo XX.

La primera España de este grupo generacional es resultado de la reacción frente a la sociedad finisecular en la que conviven e hija del desastre de Ultramar de 1898 —«brutal realidad histórica» (Salinas)— que consufren. A pesar de que todos se sienten muy españoles<sup>26</sup>, les desagrada intensamente a todos ellos la sociedad española en la que comienzan a vivir y escribir; de aquí que la repulsa sea agria y la crítica «feroz» (Azorín). El horizonte que columbran no puede ser más sombrío; la cerrilidad de los conservadores, hipnotizados por trasnochados principios prescritos, y la cobardía civil, dogmatismo intransigente, intelectualismo supersticioso y grosería intelectual de republicanos y liberales, les produce un malestar penoso, amargura. Hombres e instituciones nada tienen de liberales ni modernos (Unamuno). País en descomposición (P. Baroja), en desconcierto (Azorín), no va más allá de ser una representación grotesca de la civilización europea (Valle-Inclán). Politicastros retóricos bailan la zarabanda con ignorantes clérigos; no hay cosa más abyecta que un político, sentencia Azorín. Inmorales, chabacanos y ramplones, les apellida Baroja; ineptos, venales y vividores, insiste Azorín. La literatura no pasa de ser despreciable y ridícula (Unamuno); Azorín comenta sobre la frivolidad y la ligereza de los hombres de letras. Baroja dogmatiza sobre la fea, turbia, dolorosa e indomable vida española, a la que Unamuno ve como inculta, materialista y ramplona, Ortega como sórdida y Azorín como pobre, miserable y sin remedio. Machado nos legó en un verso la imagen robot de aquella España: vieja, tahir, zaragatera y triste. «Dejémosla dormir, dejémosla dormir», aconseja Maeztu en su libro de título significativo *Hacia otra España* (1899).

Virulento rechazo, por parte de toda una generación de escritores, de la sociedad y vida hispanas que observan y experimentan en Madrid. Discurso agresivo y violento propio de una situación histórica concreta que pretende reflejar en espejo una realidad sociopolítica, la que viven desde 1895 hasta principios del siglo siguiente. Conciencia de época, caricatura cruel y esperpento que sólo los que no encuentran lugar apropiado en ese universo cultural

<sup>25</sup> Una ponderada visión de conjunto de la polémica es la de RAMÓN Y CAJAL, de 1897: *Deberes del Estado en relación con la producción científica*, su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias. Para el siglo XVIII, la conferencia dada en la Academia de Medicina, en 1934, por G. MARAÑÓN: *Nuestro siglo XVIII y las Academias*.

<sup>26</sup> Véase el cap. VI del libro *La generación del noventa y ocho*, de P. LAÍN ENTRALGO, Madrid, 1945.

pueden dibujar. Repulsa congruente con la que todos aquellos que al juzgar intolerable la morada social se exilian y se fabrican otra; se autoexcluyen. Los de fuera, los diferentes, rechazan el hoy amargo y mitifican el pasado. «Nos apartamos espiritualmente de él [nuestro país] para verlo mejor desde fuera», recordará Maeztu en 1910<sup>27</sup>. La marginación que ensayan y saborean les llevará a revivir imaginativamente otra España. Pero antes pasan por otra apocalíptica situación estimuladora: el descalabro político-naval del 98. La pérdida del último rincón del imperio colonial se vivió como auténtica tragedia por los españoles. «Recibí la nueva horrenda y angustiosa como una bomba», dijo Ramón y Cajal; desastre postrero y terrible fecha, clamó Ortega. Fecha símbolo en la historia de España que cierra un período e incita a los del 98 finisecular, primero, a «regenerar» España y, segundo, a repensarla sosegadamente, *sine ira* en las manifestaciones de sus siglos cumbre.

La reacción primera de aquellos espíritus jóvenes y generosos, ante el marasmo social que describen, sintoniza con la común en la época: hay que regenerar a España. Azorín escribió: «No podía el grupo permanecer inerte ante la dolorosa mediocridad española. Había que intervenir. La idea de la palinogenia de España estaba en el aire.» El grupo estaba formado por Azorín, Maeztu y Baroja<sup>28</sup>. Entienden la regeneración en este período como la tecnificación a la europea de España. También Unamuno comenzó abogando por la europeización de España, es decir, por la apertura de fronteras para que los españoles se pudiesen duchar en moderna europeidad: «sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental... europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo regeneraremos esta etapa moral», escribió<sup>29</sup>. J. Costa popularizó la fórmula «reconstruir y europeizar a España»; el aragonés quería saturar las mentes todas de «ambiente europeo»<sup>30</sup>. Ortega y Gasset relanzó la fórmula costista: «no hay palabra que considere más respetable y fecunda que ésta [europeización], ni la hay, en mi opinión, más acertada para formular el problema español»; «se vio claramente desde un principio que España era el problema y Europa la solución». Para Ortega, cuando esto escribe, Europa es igual a ciencia, a matemáticas y filosofía<sup>31</sup>. «Al escuchar la palabra España», Ortega no recuerda «a Calderón ni a Lepanto», no piensa en las «victorias de la Cruz». «Tenemos que ir contra la tradición», continúa; «en un grande, doloroso incendio habríamos de quemar la inerte apariencia tradicional, la España que ha sido».

Sin embargo, el acercamiento real a una Europa —que no conocían— en crisis, la plenitud de la edad personal y un más profundo conocimiento de la

<sup>27</sup> Tomo la cita de R. CALVO SERER, *España, sin problema*, 1.ª ed., 1949; cito por la de Madrid, 1952, p. 97.

<sup>28</sup> P. LAÍN ENTRALGO, *España como problema*, Madrid, 1948, p. 65.

<sup>29</sup> *España, sin problema*, op. cit., p. 100.

<sup>30</sup> *España como problema*, op. cit., p. 80.

<sup>31</sup> Idem, p. 99.

historia patria aceleraron, en todos ellos, la erosión de esa orientación unidimensional del pensamiento. Pronto el diagnóstico va a ser no sólo diferente, sino de dirección inversa, especialmente en su versión unamuniana: hay que españolizar a Europa. La España de los Siglos de Oro encierra en su casticismo intrahistórico un arsenal de valores humanos supremos con el que bien se puede conquistar espiritualmente a Europa. En lugar de ver a España con óptica europea la comienzan a adivinar como hispanos y desde dentro; los exiliados se españolizan levantando sus tiendas junto a las corrientes auríferas castellanas que incesantemente manan en los dos siglos cimeros. Al Ortega ya crecido de *España invertebrada* no le entristece «que España no haya sido un pueblo moderno», al contrario, «tal vez ha llegado la hora» de que los pueblos pequeños y un poco «bárbaros» «puedan instaurar la vida según la última pauta de su carácter»<sup>32</sup>. El Azorín de 1925 ha recorrido ya un largo camino; hasta niega que se pueda hablar de Decadencia cuando un pueblo descubre un mundo y puebla un continente. «El catolicismo español, tan austero, tan simple, tan sombrío... Catolicismo trágico, practicado por una multitud austera en un pueblo tétrico», escribió en *La Voluntad* de 1902. ¿Qué piensa una veintena de años más tarde? Leámosle: «El cristianismo está en consonancia con lo más íntimo y profundo de España»; «Nuestro ideal era tan elevado y legítimo como el ideal de los demás países europeos. Es falso que Descartes sea superior a Santa Teresa, y Kant a San Juan de la Cruz», asegura convencido Azorín en *Una hora de España* (1924). «España es el ideal que el mundo necesita»; las «guerras, y crisis, y calamidades no tienen, en el fondo, más origen que el haber desconocido el valor universal y eterno que había en los principios jurídicos, humanos y religiosos de la España tradicional y eterna», opina Maeztu<sup>33</sup>. ¿Y Baroja? Está también marcado por el trayecto recorrido. El Baroja de 1934 escribe esta frase lapidaria: «Será incompleta nuestra cultura, pero negar su concurso a la civilización universal me parece absurdo. Con esencia española se han creado gran parte de los héroes de la literatura universal; de aquí han salido el Cid, Don Juan y Don Quijote, que han hecho soñar a las imaginaciones del mundo; con esencia española se han formado los tipos de los conquistadores y de los guerrilleros, de los casuistas audaces y de los moralistas alambicados; con esencia española se ha formado el tipo triste y pensativo del caballero retratado por *el Greco*; de esencia española es la dama sobria, estilo de Teresa de Cepeda, y de esencia española es la obra de Calderón, de Velázquez y de Goya»<sup>34</sup>.

Unamuno pasó muy pronto de gritar ¡muera Don Quijote! a quijotizarse y pretender quijotizar a Europa. El rector de Salamanca cala hondo; medita despaciosamente sobre la historia de España que conoce, y profundiza y sabo-

<sup>32</sup> Idem, p. 115.

<sup>33</sup> *España, sin problema*, op. cit., p. 120.

<sup>34</sup> *Divagaciones sobre la cultura*; la cita la tomo de la p. 518 del libro *La polémica de la ciencia española*, op. cit.

rea los clásicos de la literatura que admira. ¿Resultado? Descubre que ser y destino España se confunden identificados, y que ambos consisten ontológicamente en una espiritualidad de esencia religiosa. De aquí pasa, cree él, a brindarnos el quijotismo como esencia nacional, cuando en realidad esta metafísica visión es una fecunda proyección de su personal locura de inmortalidad. Unamuno llega a esta configuración propia a través de un fértil concepto-categoría que aptamente denomina *intrahistoria*. La Historia, nos enseña Unamuno<sup>35</sup>, narra sucesos fugaces, da noticias bullangueras, ocasionales, pero él quiere descubrir saberes ocultos permanentes, esencias, valores eternos. Estos no se encuentran entre libros y papeles, sino en la intrahistoria de un pueblo, es decir, en la humanidad silenciosa; en el quehacer diario indefinidamente repetido; en los hechos humanos, pero estables; espontáneos, pero permanentes; en gestos eternos. ¿Dónde se expresa esta casta íntima, esta tradición eterna de nuestro pueblo? En el casticismo intrahistórico, en la España de las Indias, de San Ignacio, de la Contrarreforma y de Felipe II. Y en algo más: en nuestra filosofía difusa y difuminada, «en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística... Las coplas de Jorge Manrique, el Romancero, el *Quijote*, *La vida es sueño*, la *Subida al Monte Carmelo*, implican una intuición del mundo y un concepto de la vida; Weltanschauung und Lebensansicht».

«Fundaste este pueblo, el pueblo de tus siervos Don Quijote y Sancho, sobre la fe en la inmortalidad personal; mira, Señor, que ésa es nuestra razón de vida y es nuestro destino entre los pueblos el hacer que ésa nuestra verdad del corazón alumbrase las mentes contra todas las tinieblas de la lógica y del racionismo y consuele los corazones de los condenados al sueño de la vida», dejó escrito en *Vida de Don Quijote y Sancho*. Unamuno invita una y otra vez a todos los españoles a que revivamos a Don Quijote, le calemos el yelmo, le ciñamos la espada y con la lanza del espíritu hispano de los Siglos de Oro crucemos decididos las fronteras y españolicemos a Europa.

No tengo duda de que los noventayochistas —Unamuno en especial—, al apearse de la puridad racionalista y secular de pensamiento, lograron intuiciones más profundas y originales que los ensayistas anteriores. Penetraron la corteza de los hechos externos para extraer su significado humano; su objetivo no fueron las *memorabilia* (Lepanto, Trento, América), sino el espíritu del pasado. Conectaron la sociedad, la política y las ideas de un pueblo con valores morales, con finalidad última y con un sentido de lo sagrado. Por agnósticos, no monárquicos y apocalípticos trascendieron la trama concreta de acontecimientos encuadrados en la realeza áurea católica para llegar a alcanzar un sistema complejo de significados panhumanos subyacentes. No importa, en definitiva, que se gane Lepanto o sea vencida la Invencible; no historian el

<sup>35</sup> Para esto pueden verse, en cualquiera de sus ediciones, *Educación para la Historia, En torno al casticismo y Del sentimiento trágico de la vida*.

nivel de lo fáctico. La reflexión *emic* les llevó a seleccionar una época de extraordinaria eficacia histórica, una *Hispania Maior*, en la que a través de su inusitada dinamicidad heterogénea pudieron descubrir los valores e ideales latentes, el espíritu de un pueblo en operación bajo concreciones situacionales diferentes y aun contradictorias (Contrarreforma y Don Juan, espíritu misionero y expulsión de moriscos, la igualdad de los hijos de Dios y el estatuto de limpieza). Vitalidad y energía sumas, valores de cultura heroica que *per se* podrían haberse revestido de otras formas, pero que por circunstancias históricas coincidentes quedaron incorporados en el *Imperium Catholicum*. A este hallazgo les conduce la técnica de evocación alegórica que como *literati* con tanta maestría emplean, y a otro también del que no todos se dieron entera cuenta: que el ideal acompañado de enérgica voluntad, que la decisión y el valor compartidos hicieron una nación y conquistaron un imperio. La meta-historia es una forma-significante de construir y de interpretar la Historia.

¿Metafísica? Todavía resonaban los ecos de la guerra civil en la que las dos Españas pluriseculares se encarnizaron cuando surgió de nuevo —como era de esperar según la hipótesis de este ensayo— el interrogante consecuente: ¿qué es España? ¿Cómo es posible que en pleno siglo xx pueda producirse una terrible guerra fratricida? P. Laín Entralgo se enfrentó al tema y escribió el libro ya citado *España como problema*, cuya reflexión comienza en 1940. Nueve años más tarde, R. Calvo Serer publicó *España, sin problema*, también citado. Américo Castro refundió *España en su historia* (1948) en una obra de mayor envergadura, que salió al escaparate nacional en 1954 con el título de *La realidad histórica de España*, a la que respondió con más de millar y medio de páginas en dos volúmenes intitolados *España, un enigma histórico* C. Sánchez Albornoz. Hoy, sin embargo, tanto la imagen como el problema de España se plantean no a nivel ontológico-académico, sino sobre una base mucho más práctica y eficaz. Hasta las regiones culturalmente dormidas han despertado sus mitos originales ante las posibilidades brindadas por la nueva Constitución, que organiza a la nación en Comunidades Autónomas y garantiza el ejercicio de tradiciones, lenguas, instituciones y cultura locales. La sutileza regional consiste ahora en *servirse estratégicamente de la afirmación* de inviolables y sagrados valores culturales para, a su sombra y amparo, conseguir ventajas político-económicas locales<sup>36</sup>. Regionalismo transaccional, cambiante, acomodaticio; control y uso de emblemas y símbolos; la cultura como poder. La Constitución ha potenciado de la manera más eficaz y radical la multiplicación de Españas. Pero abordar aun ligeramente esta nueva faz plural de España requeriría otro ensayo más largo.

<sup>36</sup> La mejor exposición que conozco sobre este tema se debe a Davydd J. GREENWOOD, «Castilians, Basques and Andalusians: An Historical comparison of Nationalism, "True" Ethnicity, and "False" Ethnicity», artículo que ha aparecido en el libro, editado por Paul BRASS, *Ethnic Groups and the State*, Londres, 1984, pp. 204-227.

## III

He presentado brevemente unas pocas variaciones de un tema proteico, excesivamente complejo, para un ensayo en tono menor. Teólogos, arbitristas, novatores, ilustrados, calderonianos, liberales, etc., han psicoanalizado al paciente España llevándolo al sofá clínico en distintos momentos de su historia. A pesar de las diferencias en tiempos y terapeutas, las preguntas básicas, de fondo, voceadas o latentes, han sido siempre de este tenor: ¿qué es España?, ¿qué es ser español?, esperando encontrar en las respuestas un carácter español fundamental y estable, una psiquis hispana única, peculiar y permanente que pudiera explicar y aportar alguna solución a los males y reveses político-sociales de cada presente.

En los diagnósticos obtenidos afloran, tanto la nostalgia de unos, la agresividad de otros y el narcismo, la austeridad y subjetividad de todos, como los excesos retóricos y la construcción de esquemas totalizadores metanarrativos. Cada receta final —y son numerosas, como hemos visto— configura un todo paratáxico, una parábola cultural del presente, con intuiciones y críticas penetrantes, desde luego, pero sin posibilidad de verificación; no se puede interpretar una sociedad a lo largo de su camino a partir de uno o dos principios generales apriorísticos.

Por otro lado, es notoria la unanimidad —aunque con grados de asentimiento diversos— de todos ellos en relación a un punto clave: el desfase y retraso comparativo de la nación. Las voces que provienen del sofá analítico tienden a subrayar sucesos traumáticos, fanatismo, pillaje, desorden, mentira, egoísmo, pereza y arrogancia. Incluso cuando comunican mensajes artístico-creativos se oyen al fondo los ecos negativos de la agresividad y del fracaso. ¿Qué nación se autoanaliza de una manera tan repetida, tan radical y severamente? La que está perdiendo o ha perdido ya el tren de la historia, según el diagnóstico de una élite local. Perder el tren equivale a quedarse rezagados, fuera de la historia que cuenta, es decir, a perder el poder político-económico, imperial, religioso, etc., previo. El Aragón de Vagad pierde ante la poderosa y expansiva Castilla; la España de novatores, moralistas y arbitristas decrece en ese cuádruple poder frente a Europa occidental, y la del siglo XIX está definitivamente apeada, científica y políticamente, y al margen de Europa. Pero, por otra parte, es precisamente ese *ethos* tradicional y marginal el que atrae a los románticos alemanes, quienes glorifican y ensanchan la Edad de Oro, las virtudes y valores tradicionales perdidos en Europa, pero, remansados, creen en la España calderoniana. Evalúan las culturas no comparativamente, sino por y en sí mismas, desde dentro. Les atrae el valor intrínseco y extraño. Este refuerzo inesperado y externo confirmó y remachó en la validez de su imagen del Siglo de Oro a aquellos tradicionalistas convencidos que habían reaccionado y militado contra la visión negativa de ilustrados y progresistas. Como resultado quedó definitivamente fijada la nomenclatura Siglo de

Oro en sentido amplio. Los poetas del 27 la redujeron a la apreciación y estima de sólo valores literarios.

Desfase, retraso, Decadencia, fracaso, son términos comparativos que conllevan en su semanticidad no sólo diferencia, sino inferioridad, que, en este caso, alcanza a constituirse en categoría moral. El retraso, lo indeseable, se opone al progreso, palabra mágica en el siglo XVIII. España permanece anclada en un pasado oscurantista, en un *ancien régime* escolástico, de *ethos* religioso, de entidades y explicaciones trascendentes, técnicamente atrasada, empobrecida. Aislada, desconectada de Europa ideológicamente, ignora la Ilustración, la ciencia, las matemáticas, la racionalidad filosófica nueva y el conocimiento empírico. En lugar de fusionarse con la nueva Europa, con su moderno orden social e intelectual, España da la impresión a algunos nativos de reproducir y vanagloriarse en una trasnochada contracultura. La comparación toma como término de referencia en el siglo XIX una Europa políticamente más libre, salida de la Revolución Francesa y de la Industrialización inglesa. El punto culminante de abatimiento comparativo: 1898, símbolo de la consumación del fracaso político-militar español. Ahora bien, las consecuencias negativas de ambas revoluciones se hicieron pronto sentir en Europa occidental, o así lo estimaron los noventayochistas, que vuelven los ojos a nuestros Siglos de Oro para revalorizarlos a su manera. Del «somos nada» a la europea pasan a «somos todo» a la española.

Diferencias notorias, comparación fácil y contexto global fundamentan e incitan a la formación de los topoi Decadencia y Siglos de Oro; cuanto mayores sean las primeras más intenso será el estímulo. La degradación propia y la excelencia ajena han de ser percibidas y valoradas como tales por los miembros —una minoría es suficiente— de la sociedad. Las opciones básicas son tres: una, rechazar el pasado, optar por el futuro y unirse a Europa; es la posición de los europeístas. Otra, la contraria: revalorizar el pasado en sus principios éticos y virtudes para afrontar el futuro; es la de los calderonianos. Una tercera consiste en tomar una vía media aprovechándose de la bondad relativa de las dos opciones anteriores. Son los renovadores. ¿En qué contexto personal se mueven los que se adscriben a cada uno de estos tres bandos? En conjunto, los primeros sufren una experiencia social alienante, viven en moradas ideológicas aisladas y opuestas a la predominante en el medio que les rodea, no se adscriben al credo religioso común y su afiliación política no es, desde luego, la monárquica. Actúan, generalmente, al margen de las instituciones tradicionales y son autodidactas; los más significados han viajado por Europa y leen a Voltaire, Rousseau, etc. Navegan en todo contra corriente, lo que confiere, a veces, a sus actuaciones y escritos un cierto *Angst* latente y, consecuentemente, un acento más crítico y renovador. Para ellos, la tradición es el pecado, el mal de España. Los calderonianos se sienten cómodos en su *Lebenswelt* sociopolítico; triunfalistas y ortodoxos, creyentes activos y etnocéntricos valoran positivamente el pasado, que, en modo alguno, consideran

problemático en el presente. Es Europa la que ha pecado; de allí nos viene la epidemia que hay que atajar. Todos se ven como salvadores de la patria; los abanderados de ambos partidos, o bien son original eco de las ideas y representaciones de su segmento o bien las instigan y canalizan; en ambos casos crean mitos. Ahora bien, las diferencias básicas, las que originan los puntos de vista conflictivos son las religioso-políticas. La evocación de uno u otro pasado, la interpretación del presente y las expectativas de futuro son función, principalmente, de esa primera ubicación personal. Diferencias básicas culturales marcan, pues, las líneas básicas de conflicto.

Si del análisis de posiciones y contexto ideológico personal pasamos al examen del dato etnográfico concreto, su riqueza nos fuerza tanto a caución como a matización más detallada e individualizadora. El grupo de renovadores mencionado combina elementos que definen las otras dos categorías antitéticas. Pero la realidad es todavía más compleja. Decadencia y Siglos de Oro —las dos metáforas que canalizan el pensamiento histórico— rezuman ambigüedad délfica, tanto en su constitución interna nuclear como en relación a las mil y una caras o lados (patentes, nubulosos, ocultos), que como significantes abiertos presentan. Decadencia y Siglos de Oro son indóciles a definición precisa; funcionan como receptáculos de numerosos elementos y heterogéneos significados. En un listado intuitivo y simplemente inicial anotaríamos estos elementos principales:

<u>Decadencia</u>	<u>Siglos de Oro</u>
Retraso o fracaso económico.	Berceo.
político.	Jorge Manrique.
religioso.	El Romancero.
científico.	San Juan de la Cruz.
filosófico.	Santa Teresa.
artístico.	Calderón (Autos Sacramentales).
literario.	Don Quijote.
cultural, etc.	Murillo, Velázquez.
Inquisición.	Conquistadores.
Estatutos de limpieza de sangre.	Judíos.
Crueldad.	Lepanto.
Pereza.	Trento.
Arrogancia, etc.	Contrarreforma, etc.

Este conjunto de elementos sustantivos es susceptible de numerosas combinaciones en proporciones variables y diversas, pero si, además, añadimos a cada una de las subdivisiones obtenidas toda una gama de significados dispa-

res, incluidos los contradictorios, la cifra algrítmica resultante es, sin duda, muy elevada. El ilustrado, el creyente, el agnóstico, el moralista, el filósofo, el escritor, el arbitrista, etc., pueden seleccionar diferentes elementos —siempre que no sean mutua y radicalmente exclusivos— para construirse una personal constelación significativa; cada uno puede estructurar su cálculo preferido para definir su versión enjuiciadora y valorativa, conjeturar el pasado y representarse a España. Una vez constituido un núcleo congruente de elementos característicos, semánticamente marcados por su peso específico correspondiente, puede ensanchar considerablemente su periferia absorbiendo materiales subsidiarios diferentes; esta configuración puede, a su vez, ser miembro de una clase más amplia a pesar de que sea considerable la variación en la selección de partes heterogéneas minusvaloradas. Algunos elementos del conjunto, en virtud de su especial significado, estabilidad o carácter, confieren metonímicamente al resto una definición o visión unitaria. De este postulado de homología me he servido para fundamentar la clasificación anterior.

El pasado no sólo se exalta o se rechaza; caben valoraciones intermedias y extremas: procesarlo, reclasificarlo, modificarlo, embellecerlo, ignorarlo, odiarlo, abolirlo, destruirlo, etc. La estructura de la selección, omisión y exclusión de partes es significativa no sólo cuando se trata de momentos y agentes diferentes, sino incluso cuando se evidencia a lo largo de la vida de un individuo. La elección de un núcleo invariable de partes constituyentes por los conservadores y otro por los progresistas exhibe la ideología respectiva en operación. Los escritores todos del 98 ejemplifican, tanto el *pattern* inicial de rechazo y apropiación ideológica como el cambio vital a partir de principios del siglo xx. Por otra parte, no es menos evidente, ni menos interesante, el *bricolage* personal en la valoración, olvido y repulsa de hechos, autores y significados. Huerta, por ejemplo, menosprecia al Quijote, y en su teatro no figuran obras de Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón; nos sorprende que al conservador Forner no le agraden ni Lope, ni Calderón, ni el teatro áureo; también nos resulta un tanto extraño lo contrario: el progresista Iriarte defiende a Góngora y a Lope. ¿Y qué decir de Unamuno, que invoca a Trento, la Contrarreforma y Felipe II? Estas opciones, un tanto incongruentes con el resto de la selección y con la posición unitaria personal, pueden deberse a impulsos y emociones de carácter particular; accidentes y contingencia histórica pueden activar también particulares emblemas y símbolos. La concurrencia de plurales factores selectivos, incluidos el azar, la confusión y la decisión individual, dan razón de cómo el pasado se menciona, se olvida, se ignora, se subraya, se descarta, construye y deconstruye. El pasado sirve de causa expiatoria, como justificación y arma arrojadiza, como expresión de uno mismo y de terapia personal. La visión subjetiva puede ser válida aunque no sea objetiva.

Los elementos seleccionados o rechazados y sus propiedades nunca son suficientes para individuar *per se* y forzar a decidir. No tienen características intrínsecas; no se advierte en ellos la conexión causa-efecto. Idéntico elemento

puede interpretarse, y de hecho se interpreta, de variada manera; más aún, los elementos son en la práctica focos de contradicción. Entre el elemento y su significado está la contingencia y la cultura.

Nos acercamos al pasado por la lectura de textos, a través de documentos variados y de monumentos; pero los textos no hablan directamente, no significan por ni en sí mismos; no hay determinación unívoca textual. Tenemos que ir más allá del texto literario, trasladarlo a un contexto social, sumergirlo en cultura hasta alcanzar un nivel moral. El texto es un símbolo plurivalente que hay que interpretar. A un nivel de mayor generalización, esto quiere decir que la condición no presente del pasado, que su naturaleza incierta e insegura requiere interpretación y, por tanto, atribución de sentido y valor, o, en otro registro, el pasado provoca la creación cultural. Más explícitamente: nunca podremos saber lo que realmente fue, el *an sich* en el sentido radical de objetividad, por lo que, si nos acercamos al pasado, tenemos que imaginar lo que pudo ser, semiinventarlo. Su imprecisión, elasticidad y ambigüedad, su naturaleza inescrutable y polimórfica, estimulan el discurso imaginativo, relanzan la creatividad mitopoética, la cual convierte el pasado en accesible y excitante.

Dos imágenes fundamentales culturales han estructurado una parte del pensamiento historiográfico hispano en los tres últimos siglos: Decadencia y Siglo(s) de Oro. Como figuras retóricas, no equivalen a proposiciones y, por tanto, no significan, representan; en cuanto tales, vehiculan no datos sensoriales, sino formas significativas. Seleccionan, rechazan, ilustran, transfiguran, politizan, predicán, convencen, antagonizan (en lenguaje hipostático). Las dos metáforas vienen formuladas en términos cognitivos, emotivo-imaginativos e introspectivo-comparativos. Decadencia forma un conjunto semántico con discurso pesimista, momentos de crisis, adscripción de responsabilidad y culpabilidad moral; Siglo(s) de Oro evoca, por el contrario, un paradigma de primordialidad, el árbol de la vida, la fuente del conocimiento y de la felicidad; implica nostalgia creadora, revitalización de un pasado brillante, de lo que debería ser. Pero si descendemos de este plano generalizante y entresacamos los contenidos sustantivos y formales de las fuentes escritas correspondientes obtenemos el cuadro anterior, caracterizado por la heterogeneidad, pues en él conviven la intencionalidad con lo particular y lo universal, objetos con valores, sucesos y causas, la justificación con el significado, lo sustantivo con lo metafilosófico. Lo que da pie a un exuberante cálculo retórico-algorítmico. Según cual sea el enfoque previo, el vocabulario elegido y el paradigma detector, así vendrá formulada la versión resultante y definida la Decadencia como económica, moral, política, de valores, religiosa, artístico-literaria, institucional, científica, temperamental, etc.

Mis intentos deconstructores han ido, en realidad, más allá al abordar la justificación cultural y personal de las distintas posiciones. He pretendido poner de manifiesto las cambiantes presunciones barrocas, las ilustradas y las

decimonónicas, la ansiedad, la frustración y los deseos que se filtran a través de las dos imágenes. Las raíces histórico-comparativas de los enfoques, las formas de vida y las prácticas sociales compitiendo enfrentadas, por un lado, y las formulaciones estructurales dicotómicas, plataformas morales, confusión, opciones y azar, por otro, han cristalizado y desaparecido en dos metáforas antagónicas privilegiadas, de enorme poder mágico y fuerza retórica.

Hoy estas imágenes no tienen para nosotros el sentido que tuvieron en cada uno de sus momentos y bandos diferentes, para aquellos que las crearon y creyeron; más todavía, no son fáciles hoy de traducir y tampoco aceptamos el *status* ontológico subyacente, la lógica de su construcción. Desde una perspectiva crítica no parecen metáforas estancadas y gastadas, un esquema categorial fechado en el pasado, camisas de fuerza. Y, sin embargo, en cuanto universo significativo, gozan de una plusvalía de significado, es decir, exceden siempre a todo soporte y causalidad histórica. Al configurar, ordenar y crear realidad hacen imaginar y pensar, mueven el motor de la cultura. Operan como símbolos, se convierten en mito y como tal se caracterizan tanto por su modo sintético de visión como por su función especulativa, la cual clarifica, de modo legítimo, áreas oscuras de la vida social, las regiones pobladas por relatividad y ambigüedad. Al mitopoetizarse esas dos mitades analíticas —me refiero sólo a las dos más conocidas— reprodujeron los sueños de un pueblo despierto, nos legaron una doble narración significativa del destino hispano, optando entre tradición e innovación. La ciencia camina a la par con la imaginación y la poesía.

La maravillosa complejidad de lo humano, y concretamente la plurivocidad del pasado humano, a la vez radicalmente diferente y, no obstante, orgánicamente continuo con el presente, requiere para su interpretación de un *genre* narrativístico o discurso simbólico-retórico, de una historia cultural. En ésta predominan la sensibilidad y profundidad descriptivas sobre el aparato científico, la imaginación retórica sobre la logicidad única. Sus horizontes constitutivos e interpretativos vienen circunscritos por la adecuación, la coherencia y la congruencia, por la madurez humana del intérprete y por la erudición enciclopédica. La aprehensión empático-antropológica y la configuración novelística de los sucesos pasados pueden aportar familiaridad translaticia, comunión e interioridad; el historiador de la cultura puede transformar los acontecimientos en hechos épicos, líricos, dramáticos, heroicos y decir algo interesante e inteligible, válido y científico. La descripción cultural historiográfica puede ser altamente significativa, persuasiva y convincente, aunque su base empírica sea endeble y a pesar de que algunos de sus datos sean objetivamente inexactos. El complejo estilo del conocimiento humano recuerda a una melodía unitaria, resultado de numerosos, variados y heterogéneos instrumentos, tiempos, silencios, predominios momentáneos sonoros, etc.; en él hay mansiones para la objetividad empírica y la creatividad, para la logicidad férrea, las normas y reglas; allí cohabitan la intuición, la ideología y el valor, el perjuicio, la pasión

---

y la filosofía. Tan necesaria es la sabiduría como la ciencia; no hay praxis sin vuelo teórico, ni experiencia del presente sin fantasía. No hay, en una palabra, realidad independiente de la actitud epistémica.

El pasado es, desde luego, función del presente, pero esta proyección no exime de respetar escrupulosamente los sucesos, los textos y documentos; hay que oír las voces del pasado, la plurivocidad de sus discursos, no expropiarlo. El investigador de la cultura entabla no un monólogo, sino un diálogo con el pasado, vive entre el plural y el singular. Convierte, ciertamente, los sucesos en hechos, a través de un discurso no tanto científico cuanto simbólico; interpreta más que explica, pero siempre a través de argumento estrictamente racional, de intensa reflexión crítica universalista, de pensamiento histórico-asintótico. Sabe de los condicionantes y limitaciones del momento, conoce la dinámica propia y no reducible de las ideas; interpreta hermenéuticamente atendiendo a presunciones, prerequisites materiales y atributos, balanceándose entre las exigencias de la ecología y el argumento por analogía, entre el sancho-pancismo de los sucesos y el quijotismo de las ideas. Profesa, también, que no todos los puntos de vista son igualmente legítimos y aceptables; apuesta por encontrar un *rationale*, un cálculo de logicidad convincente, principios heurísticos, ideas ordenadoras, regulativas a través de valoraciones imaginativas y juicios prudentes, reflexivos, radicalmente críticos y abiertos al futuro.

Soy, pues, partidario de una Antropología perpetuamente en construcción, *in fieri*, a lo Nelson Goodman; creo que desde esta perspectiva constructivista entendemos mejor por qué no hay una España esencial, preexistente e independiente de la actividad simbólico-mental que la produce. Cada época, grupo, momento crítico, desajuste de poder, estancias personales ideológicas, la estructura simbólico-narrativa, la dinamicidad interna de emblemas y opciones personales cambiantes configuran múltiples Españas, todas y ninguna «reales», todas creaciones de la mente, porque, aunque tengan *fundamento in re*, todo *imput* es simbólicamente transformado. Y el significado es irreductible. Para un antropólogo cada España es un fascinante ramo de símbolos.